

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

UN PUEBLO
pasaron el Mar
Bermejo

por Antoni Mendoza i Miralles

21

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

correo-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

*«Por la fe pasaron el Mar Bermejo como por tierra seca;
lo cual probando los egipcios, fueron sumergidos»
(Hebreos 11:29).*

Hasta ahora hemos estado considerando la fe de personas concretas, desde Abel hasta Moisés. Ahora se nos lleva a considerar un hecho excepcional, ya que se presenta a todo un pueblo, y su fe en acción.

La fe de todo el pueblo

Cuando pensamos en la fe tenemos en mente una experiencia individual. Así vemos, en la Escritura y en la historia, hombres y mujeres de fe que Dios usó en el cumplimiento de sus propósitos; y la descripción de aquello que llevaron a cabo por la fe en Dios y en su Palabra. Pocas veces encontramos una muestra colectiva de fe en acción, como la que leemos en Hebreos.

Ciertamente, no es suficiente que, entre el pueblo de Dios a través de los siglos, hombres y mujeres manifiesten su confianza total en el señor y su Palabra, obedeciendo incondicionalmente su voluntad. Estos hombres y mujeres son necesarios, pero también es preciso vivir corporativamente actos de fe viva en el Dios vivo. Los redimidos siempre formamos parte de una realidad colectiva: del pueblo de Dios. Cuando sucedieron los hechos de los que hablamos, el pueblo de Dios era Israel; en la edad presente es la Iglesia.

Es necesario que todos los creyentes vivamos por la fe como pueblo de Dios. Israel no podía ser libertado únicamente por la fe de Moisés en Dios. Él hizo su parte, pero el resto del pueblo, desde el más joven al más viejo, también había de vivir por la fe los grandes hechos de la liberación de la servidumbre en Egipto. Los puntos centrales de la liberación de Dios fueron el cruce del Mar Bermejo con la destrucción del ejército de faraón, y la caída de los muros de Jericó, con la entrada a la tierra de la promesa para poseerla.

Dios quiere obrar, a través de su pueblo, hechos excepcionales que lo glorifiquen, y permitan a su pueblo disfrutar de su promesa de abundantes bendiciones. Necesitamos hombres como Pedro, que llenos del Espíritu Santo hablen con autoridad la Palabra de Dios (Hch 4:8, 13), pero también que como pueblo de Dios sean llenos del Espíritu Santo para hablar la Palabra de Dios con libertad (Hch 4:31).

Corremos el peligro, en ésta época individualista, de olvidar que el propósito divino incluye trabajar y disfrutar de experiencias de fe corporativamente, como pueblo de Dios.

Hemos de recordar que lo que somos y tenemos es nuestro en la comunión del cuerpo de Cristo, que formamos parte indisoluble de él. Los santos del Antiguo Testamento, especialmente los profetas, se consideraban parte del pueblo al cual denunciaban su pecado y anunciaban el juicio de Dios (Dn 9; Esd 10:1; Ne 1:4-11). Los santos del Nuevo Testamento, especialmente los apóstoles, siempre actuaban como parte de la Iglesia, y en comunión con ella (Hch 6:1-6; 11; 13:1-3; 15).

Israel cruzó el Mar Bermejo, y fue libertado de la servidumbre de Egipto, por su fe como pueblo, como un todo; y de la misma manera entró en la tierra de la promesa, y disfrutó de la gran victoria sobre Jericó.

Los hechos previos al paso del Mar Bermejo

Vayamos al capítulo 14 del libro del Éxodo, para considerar los hechos previos al paso del Mar Bermejo por parte del pueblo de Israel.

El camino que el pueblo de Israel siguió, desde su salida hasta el momento que estamos considerando, fue **guiado por Dios**. El camino normal para ir de Egipto a Canaán era “el camino de la tierra de los filisteos”, pero Dios lo desestimó ante la condición

del pueblo (Éx 13:17-18). Los llevó “por el camino del desierto del Mar Bermejo”, siguiendo las etapas de Sucot y Etam (Éx 13:20), hasta llegar cerca del mar, a Pihahiroth, delante de Baalzefón (Éx 14:2, 9), Durante todo ese tiempo la guía de Dios se hizo evidente mediante una columna de nube de día y una de fuego de noche (Éx 13:22).

Mientras Israel marchaba, informaron a **Faraón** que el pueblo de Israel huía, cómo había temido. Los informes que recibió le permitieron conocer la situación de ellos. Cómo había sucedido en las otras ocasiones, se olvidó del poder de Jehová, y de las plagas que había enviado sobre la tierra de Egipto, e hizo un **análisis de la situación** sin tener en cuenta que Jehová era con Israel. Una primera evaluación le hizo afirmar: “Encerrados están en la tierra, el desierto los ha encerrado” (Éx 14:3b). Inmediatamente se dio cuenta de las repercusiones económicas de la marcha de los israelitas, y se arrepintió: “¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva?” (Éx 14:5b). Y rápidamente resolvió preparar su ejército y salir en persecución de ellos, para hacerlos volver.

El encuentro entre Faraón y el pueblo de Israel tuvo lugar cuando estaban acampados delante del Mar Bermejo. Inmediatamente los israelitas se dieron cuenta de la gravedad de la situación, y olvidaron, como lo había hecho Faraón, los prodigios que Dios había hecho en Egipto, y que desde que había salido de Egipto no los había dejado, como lo testificaba la columna de nube y la columna de fuego. La primera reacción de Israel fue de miedo: “por lo que temieron en gran manera” (Éx 14:10). Vieron aquel gran ejército, y se vieron incapaces de enfrentarse a él con posibilidades de victoria. Pero, el hecho de que “clamaron los hijos de Israel a Jehová”, parece indicar que rápidamente volvieron a tener presente que Dios estaba con ellos para ayudarles. Había que considerar siempre como se invoca a Dios, pues de ello de-

pende que sea un acto religioso o de fe. La queja contra Moisés, que se recoge en los versículos 13 y 14, revela que no fue un acto de fe, pues daban por hecho que morirían allí, que Dios los dejaría morir allí. No se atrevieron a culpar a Dios directamente, pero lo culparon indirectamente, cuando hicieron responsable al fiel servidor de Dios de llevarlos por el camino que Dios le había indicado.

En medio de una reacción carnal, **Moisés**, el hombre de Dios, **reacción espiritualmente**. No se defendió ante el pueblo, eso únicamente hubiera alimentado una discusión sin ningún provecho; testifica de su fe en Dios y en su Palabra. Sus palabras contienen: el testimonio de la que paz que hay en su corazón, “no temáis”; una exhortación fundamentada en la promesa de salvación de Dios, “estaos quedos, y ved la salud de Jehová, que él hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis”; y una denuncia de su falta de fe, “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis quedos” (Éx 14:13-14).

Moisés clama a **Dios**, y **le contesta** diciendo que lo que debe de hacer es pasar a la acción. Ha de decir al pueblo que marche; y para que sea posible, puesto que delante tienen un mar que lo impide, han de ejercer nuevamente fe en Dios y su Palabra, como el medio por el cual Dios salvará al pueblo: “Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre la mar, y divídela; y entren los hijos de Israel por medio de la mar en seco” (Éx 14:6). Dios quiere salvar a su pueblo, como lo había prometido, y glorificar su nombre en Faraón y su ejército, como las diez plagas.

El Ángel de Jehová, Dios mismo manifestado, que hasta aquel momento había ido delante de ellos (Éx 14:19 comp. 13:21), se sitúa delante en la columna de nube, para ser nube y tinieblas para los egipcios; mientras la columna de fuego iluminaba al pueblo de Israel (Éx 14:19-20).

Un acto de fe brilla en medio de la incredulidad

El acto del que se habla en Hebreos está enmarcado por la incredulidad. La queja del pueblo de Israel contra Dios, a través de Moisés, es una muestra de que no creían que Dios los pudiera librar como les había prometido y que los llevaría a la tierra de la promesa. Pero también lo sigue otro acto de incredulidad, que tuvo lugar después de que Dios les hiciera cruzar a través del mar como por tierra seca, y destruyera el ejército de Faraón. Estamos hablando de lo que sucedió en Mara (Éx 15:23-26). a queja contra Moisés fue algo repetitivo por parte del pueblo, que proclamaba así su incredulidad en las promesas de Dios. Cuando se encontraban en una dificultad, en lugar de expresar en oración su fe en Dios y su Palabra, se quejaban contra Dios, que era lo que había detrás de su queja contra Moisés. Incluso Dios lo llega a describir como “un pueblo rebelde y contradictor” (Ro 10:21; Is 65:2).

Llama la atención que Dios presente un hecho de fe en medio de un mar de incredulidad, como un ejemplo digno de imitar. Nosotros lo menospreciaríamos, pero Dios no menosprecia nada que se haga en las fuerzas del Espíritu: toda obra de Dios es digna de ser tenida en cuenta, y de ser imitada. Estamos acostumbrados a ver al hombre, a apreciar o menospreciar sus obras según como lo valoremos en cada momento; pero olvidamos que lo que los creyentes hemos de valorar es la obra de Dios que hace el creyente, y que dichas “buenas obras” serán recompensadas por Dios delante de su presencia.

Todo acto de fe es importante en el mismo, ésta es la lección que hemos de aprender y no olvidar. El deseo de Dios es que los actos de fe formen parte de un continuo, de una vida de fe; pero, con todo, no deja de valorar cada acto por el mismo. Dios valora el todo, pero también la parte, y nosotros deberíamos hacer igual.

Un acto de fe parecido, pero diferente

Aunque actualmente estemos considerando la fe por la que el pueblo de Dios atravesó el Mar Bermejo como por tierra seca, no podemos dejar de considerar el ejemplo de Moisés. Es un ejemplo de una vida de fe, un acto detrás de otro. Por la fe “Y extendió Moisés su mano sobre la mar, e hizo Jehová que la mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche; y tornó la mar en seco, y las aguas quedaron divididas” (Éx 14:21).

Volvamos a nuestro ejemplo. Las palabras de Moisés, la acción del Ángel de Jehová, y ver como el Mar Bermejo se abrió delante de ellos por intervención divina, humilló el corazón del pueblo de Israel, y lo hizo volver en arrepentimiento y fe hacia Dios. El relato del Éxodo no dice nada, pero nos lo dice el Señor en Hebreos. El corazón de un verdadero creyente, siempre puede ser cambiado por la acción del Espíritu Santo a través de la Palabra.

Moisés nos dice que tanto los israelitas como los egipcios entraron en el Mar Bermejo como por tierra seca, como la manera como entraron condicionó lo que sucedió después. Los israelitas atravesaron creyendo y confiando en la palabra que les dijo Moisés: “No temáis; estaos quedos, y ved la salud de Jehová, que él hará hoy con vosotros; porque los Egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis quedos” (Éx 14:13-14). Obedecieron la ordenanza de marchar de Dios, y el resultado fue que llegaron al otro lado sanos y salvos, mientras que sus enemigos fueron derrotados por Jehová. Los egipcios vieron el milagro del Mar Bermejo abierto y el pueblo de Israel cruzándolo como por tierra seca, pero eso no les hizo volverse a Jehová, ni de su propósito de acabar con el pueblo de Israel. Los egipcios entraron en el Mar Bermejo inconscientemente o con soberbia; pisaron su lecho seco y marcharon entre las aguas, que se levantaban como murallas, confiando en sus fuerzas, o en que sus dioses falsos les permiti-

rían acabar con Israel y vencer a su Dios. El resultado fue que Dios “perturbó el campo de los egipcios” e hizo que fueran totalmente cubiertos por el mar (Éx 14:24-28). La fe en Dios y su Palabra hizo que Israel experimentase la liberación de Dios, y la falta de fe hizo que los egipcios fuesen destruidos.

No olvidemos que un mismo hecho, según lo que lo genere, trae diferentes consecuencias. Lo que hemos considerado es un ejemplo de eso, sobre el que hemos de reflexionar.

Edicions Cristianes Bíbliques